

UN MES.

Madrid... 6
Prov. 3 meses... 20

EL OMNIBUS,

UN AÑO.

Madrid... 60
Provincia... 70

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA CADA CINCO DIAS.

SUMARIO.

Al presente número acompañan: Un pliego de EL CAPITAN ARENA, por Alejandro Dumas.— Uno idem de la HISTORIA UNIVERSAL, por Cosío.— Uno idem de la novela FE, ESPERANZA Y CARIDAD, por Flores.— Uno idem de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO, por Prescott.

UN DUELO Y UN MATRIMONIO.

LOS AMORES DE UNA MARQUESA VIUDA.

(Conclusion).

Lo cierto era que principiaba á temer que el preceptor, con la energia de que parecia dotado bajo su exterioridad reservada y tímida, llegase á desbaratar su plan. Seguro como estaba de su fuerza en la esgrima, y persuadido de que su adversario debía ser un mediano espadachín, esperaba desembarazarse de él á poca costa.

—No os burlareis siempre; este combate debe ser mortal para uno de los dos: no lo dudeis.

—Perded cuidado, dijo el aventurero, pues jamás he dejado con vida á mi adversario.

—Nos batiremos á la pistola, y cargaremos nuestras armas con la carta que teneis.

—¡Peste, qué caballero haceis! Querido mío, no será así, si os place. No me gusta la pistola, especialmente cuando uno se bate con ciertos individuos, pues un pistoletazo es siempre de temer, y á poco que sepais manejar una espada, como lo pretendéis...

—Sea á la espada... Pero esa carta...

—Dadle con la carta. Decididamente teneis un empeño loco. Pues bien, ved si soy un buen príncipe (y sacaba la carta de su bolsillo). Aquí la teneis; tomadla, pues, os la confío. Estoy tan seguro de batiros que puedo acordaros esa satisfacción. Ya sabré haceros devolvérmela cuando os haya matado.

—Dádmela...

La tomó y la metió bajo su levita, diciendo para sí:

—Será el talisman que defiende mi vida.

—No necesito decirlos que no me separo de vos un momento. Además la hora avanza. Vamos á arreglar nuestro negocio en el primer sentido que nos parezca conveniente. En cuanto á los padrinos...

—¡Es inútil! Es ya demasiado que este secreto sea conocido de nosotros dos.

—Iba á proponeros dos bravos compañeros que viven en esta misma casa, un poco desaharrados, tal vez algo equivocados; pero vos no debeis pararos en esas pequeñeces.

—¡Ese insulto está de mas! dijo Alberto con dignidad. Partamos.

—¡Un momento! ¿Y las armas?

Se fué á abrir el baúl colocado sobre la mesa, en el que se hallaban una espada y algunas otras armas. Tomó la espada, igualmente que la de la chimenea, y las presentó á su adversario, diciendo:

—Escoged.

Alberto tomó una sin reparar, la metió bajo su capa y descendió seguido del aventurero.

Madama de Vincy tenía la costumbre de llamar todas las mañanas temprano á su vieja nodriza; pero á consecuencia de la terrible entrevista que había tenido, había caído en tan gran tormento, tenía tanto recelo de ver aun llegar alguna revelación, algún mensaje amenazador, que temía el momento en que iba á cesar de es-

daban en el péndulo, y Mad. de Vincy insistió en levantarse.

Recordaba que no faltaba mas que media hora para el momento fijado por su enemigo; y este debía ser exacto. Muchas veces estuvo para dar orden de dejarle entrar si se presentaba, porque en el exceso de su desesperada situación, sentía que era agravar el mal el chocar con él de frente, y quería ensayar aun las lágrimas y la persuasión. El desgraciado que va á perecer trata de agarrarse á las mas débiles esperanzas de salvación.

Otro incidente vino á hacer por un instante diversion á su perplejidad. Su hijo, que al principio había aguardado á su preceptor para la lección de la mañana, había ido á su cuarto para buscarle. Pero ¡cosa inexplicable! la cama no estaba deshecha, y Alberto no se hallaba en el hotel. En cualquiera otra ocasion, eso habria sido un hecho capital que la hubiera causado la mayor emoción; pero en esta estaba tan absorbida por una preocupacion personal, que solo le acordó un interés secundario.

Iban á dar las diez: sus ojos fijos en la aguja del péndulo, seguian con devorante inquietud su



Alberto, pálido como un cadáver, conducido en unas angarillas.

tar sola. Era ya mas de las nueve cuando Margarita, inquieta de aquel silencio, se aventuró á penetrar en su cuarto.

La buena mujer se espantó de la palidez de su ama, y le hizo las mas tiernas reconveniones por no haber llamado para que vinieran á asistirle. La marquesa atribuyó su palidez á un dolor de jaqueca; pero la vieja, que la amaba como á una hija propia, no se dejó engañar por ese pretexto, y se perdió en conjeturas para penetrar su verdadero motivo. Las nueve y media

marcha rápida, y aun no había osado dar orden de dejar entrar al extranjero que debía presentarse. Sobresaltóse de súbito: habían llamado; su corazón se oprimió en su pecho como en un torno, con los ojos fijos, la boca entreabierta, los labios pálidos, observaba atenta cada movimiento que se sentía en la casa; cada paso de la persona que avanzaba resonaba en su corazón.... Abrieron la puerta... la marquesa dió un grito; era el conde de Laguche.

Al principio sintió un inmenso alivio; pero

renaciendo su inquietud con tanta mas viveza porque tenia que hector se encontrase con el conde, recibió bastante mal los cumplimientos de pésame que este le dirigió. Sus celos sencillos, como él decía, iban ya á atormentarla, cuando entró Eduardo corriendo. Este, registrando el cuarto de su preceptor, habia hallado el paquete dejado por él sobre su escritorio, y lo traía á su madre.

El conde agarró el paquete y leyó: «Para abrir, si no he vuelto á las doce.»

—¿Qué misterio! exclamó mirando al péndulo que iba á marcar las doce. ¿Sabeis lo que significa esto, marquesa?

—No lo sé mas que vos, querido conde.

La marquesa no decía todo su pensamiento: una vaga revelacion habia atravesado su espíritu; esa coincidencia de la desaparicion del preceptor y de la tardanza de la amenaza de Hector, le parecieron encadenarse, sin que pudiera explicarse por qué lazos, é hicieron nacer en su espíritu un mundo de conjeturas.

Habia tomado el paquete de manos del conde, y le daba vueltas dispuesta á romper el sello. El conde lo notó, y le dijo:

—Deteneos, aun no es la hora. Debe haber en eso algun secreto, muy grave quizás; no lo violemos. Suceda lo que quiera, espero que ese jóven en quien he puesto tanta confianza, no hará ninguna cosa indigna. Será preciso que sepamos qué aventura le ha desarreglado tan extrañamente. Así, no comelamos ninguna indiscrecion. En cuanto á mí, querida marquesa, puesto que sufris y estais inquieta, no os dejo.

Esta última parte del discurso de su viejo adorador, pareció á Mad. de Vincy mucho menos satisfactoria que el resto. El conde fué, por su propia autoridad, á prohibir la entrada á todo extraño, y volvió á sentarse en un rincón del retrete, en donde no pudiendo obtener una palabra de la marquesa, que estaba sufriendo y alarmada en extremo, tomó un libro para poder, en realidad, espiar mejor sus menores movimientos.

Llegaron las doce. El conde aguardó religiosamente que diera la última campanada; luego se levantó, y dijo arrojando su libro.

—Marquesa, son las doce.

La marquesa tenia ya en la mano el paquete. Sin responder nada rompió el sello, y entonces halló el otro paquete con este sobrescrito: «A madama de Pombal, calle del Rey, en Nantes.» Este paquete estaba sellado con cuidado, y era imposible penetrar su contenido; pero ese nombre de Pombal le habia chocado tanto como al conde.

—De Pombal! repitió este muchas veces. ¿De Pombal!... ¿Qué relaciones puede haber entre ese jóven y esa señora de Pombal? ¿Cómo conoce á esa familia que ha estado tanto tiempo en pieito con la nuestra, y que nosotros mismos no conocemos?

—Es impenetrable, dijo la marquesa, cuya cabeza se perdió en ese dedalo.

—Y ese jóven no vuelvel

—Escuchad!

El corazon de Mad. de Vincy se oprimió de nuevo: alguno acababa de entrar en el hotel. La voz de Margarita y las exclamaciones penetrantes que daba, inquietaron tanto á la marquesa, que se levantó de su sillón para abrir la puerta del retrete que daba al salon. Al mismo tiempo la vieja nodriza hacia entrar en él á Alberto, pálido como un cadáver, conducido en unas angustias.

—¿Es él? dijo la marquesa, dando un grito de alegría, pero de súbito se paró. Alberto tenia un aspecto que espantaba.

—¿Dios mio! exclamó el conde adelantándose. ¿Qué desmayado está!

—¿Qué tenéis, señor?

Alberto trató de incorporarse sobre sus piernas que flaqueaban.

—Nada, nada, señora.... perdonad... yo no pensaba hallaros aquí.

—Pero vos vacilais!... Conde, sostenlele.

—¡Oh! no os nada.... me siento... me siento muy bien.

Y cayó sin conocimiento sobre un canapé, cerca del cual le habian conducido el conde y Margarita.

Al verle así, un poder mas fuerte que todos los razonamientos, mayor que el respeto huma-

no, arrastró á Mad. de Vincy, la cual se lanzó á su lado llamando al conde, llamando á Margarita, pidiendo socorro y sosteniendo ella misma la cabeza del enfermo.

El señor de Laguiche sonreía con pasmosa calma, pues no comprendia nada de ese arranque.

—Ya lo veis, decía tranquilamente á la vieja nodriza, que no le escuchaba; no he cesado de decirlo. Ya veis cómo vuelve su buen natural. Le aborrecia porque estaba bueno; ahora que está enfermo, ahí la tenéis muy cambiada. Esa muger es un ángel.

—Pero conde, ¿qué haceis? ¡Ayudadnos!

El conde giró sobre sus talones para ver en qué podía ser útil á un enfermo rodeado de dos mugeres tan atentas, y no halló cosa mejor que ir á abrir la ventana diciendo:

—Ese muchacho se ahoga... ¡Bueno! ¡mirad qué oprimido está en su ropa!

La marquesa le sacó la corbata, y la nodriza le desabotonó la levita, cuidadosamente cerrada. A los primeros botones que soltó cayó un papel al suelo. El conde lo recogió, pero la marquesa se lo arrebató al punto: una rápida ojeada se lo habia hecho reconocer.

La ausencia de Alberto le quedaba explicada, pero le faltaba penetrar el misterio que le habia hecho dueño de esa terrible carta.

El conde iba á quejarse de esa brusca extraccion, pero no pudo hacerlo, pues un grito de Margarita llamó su atencion á otro lado. Al acabar de desabotonar la levita del herido, habia percibido que tenia la camisa llena de sangre.

—¡Sangre! dijo el conde. ¡Es seguro que el perfilan se ha batido! ¡Conozco bien esas cosas! Veamos. Está herido del hombro.

—¿Es peligroso, conde? preguntó la marquesa con ansiedad.

—No me lo parece... Margarita, mandad llamar al médico.

Mientras se ejecutaba esta orden, el herido hizo un movimiento.

—Retíraos, marquesa, dijo el conde con su naturalidad ordinaria, que él no os vea. Sabe que le detestais, y si principiase por percibirnos, vuestra vista podría hacerle una impresion funesta.

La marquesa se retiró detrás del canapé.

—Y bien, dijo el conde á Alberto, ¿que abria los ojos, ¿volvemos un poco?

—¿En dónde estais?

—Aquí, con amigos, nada mas que con amigos, respondió el conde haciendo señas á la marquesa, que se acercaba, para que se retirase.

—¡Ah! en efecto, sois vos, señor conde; y vos, Margarita... Es singular... he perdido el conocimiento... ¡Ah! ¡ya me acuerdo!... La señora marquesa no sabe nada, ¿no es verdad?

—Nada, señor Alberto, nada, respondió Margarita.

—Nada, de nada, añadió el conde engañándose tambien sobre el sentido de la pregunta. ¿La marquesa! perded cuidado, que no está aquí. ¡Ah! farante... ¿con que nos hemos batido? ¿Con que hemos tenido un duelo? Ya me contaréis eso.

En ese momento, á pesar de las reiteradas señas del conde, la marquesa se habia aproximado al canapé, y su blanca y suave mano pasó por encima del respaldo hacia Alberto, á quien dijo con su voz mas serénica:

—Alberto, ¿seguis enfadado conmigo?

Por toda respuesta, tomó la mano que le tendian y la llevó á sus labios.

—Acabáramos, dijo el conde encantado á Margarita, que continuaba sin escucharle. El le besa la mano; la cosa va mejor.

Esa emoci6n, aunque muy dulce, habia causado una sagudida demasiado terrible en el débil cerebro del enfermo, y le trasportaron á su cuarto, donde no tardó en llegar el médico para darle sus cuidados y tranquilizar á todos. Especialmente la marquesa deseaba interrogarle, hablarle, verle á solas, pues conocia que le era deudora de gratitud; pero por orden del médico, le fué preciso suspender toda explicacion, pues aunque la herida no era grave, la pérdida considerable de sangre exigia reposo. De consiguiente todos se retiraron, excepto Margarita, que se quedó velándole.

El día siguiente muy temprano, Mad. de Vincy, conmovida y temblando, pero por una preocupacion muy diferente de la del día anterior,

entrecabrió suavemente la puerta del enfermo. Estaba reposando: su sueño era tranquilo, y una sonrisa erraba sobre sus labios. Despertó y percibió á la marquesa, que, tímida á su vez, estaba en pie á su lado.

—¡Vos, señora!... ¿Tan temprano? ¡Oh, gracias! dijo con un sentimiento de ineffable felicidad.

—¿No me aguardabais? replicó la marquesa en tono de reconvenccion.

—¡Oh! ¡tenéis secretos para nosotros! pero tened entendido que yo quiero saberlos todos... ¿No tengo ese derecho?

Alberto iba á responder, cuando entró alguno: era el conde, el cual no pareció nada asombrado ni descontento de ver á la marquesa en el cuarto de aquel.

—¿Vamos mejor? dijo riendo, con su risa llena de confianza, que hizo nacer algunos recuerdos en la marquesa. Ya lo creo; tenéis ahí una enfermera que daría ganas de hacerse uno acuchillar, nada mas que para ser cuidado por ella. Pero vamos, ahora dadnos algunos detalles sobre ese negocio. Sin duda podéis hablar delante de la marquesa.

—Pero... no tengo nada que decir.

—¿Cómo nada! ¿Y esa estocada?

—¿Y aquella carta? dijo quedito la marquesa á su oído.

—El que la poseía, respondió Alberto del mismo modo, ha sido muerto.

El conde no habia oído mas que la última palabra.

—¡Muerto! repitió. ¿Habeis matado á un hombre? ¡Diantre, cómo haceis las cosas!

—Pero yo debo, querria saber, dijo la marquesa olvidando la presencia del conde ó no dándole ninguna importancia, á qué debo semejante acto de adhesion.

—¿Cómo! exclamó aparte el señor de Laguiche, ¿caso se ha batido por ella? ¡Ah! esto se complica. Tambien yo, añadió en voz alta, tambien yo, jóven, quiero saber por qué... porque en fin, sin duda no es por haberos maltratado y humillado constantemente... ¡Oh! vos le habeis humillado, marquesa... No será por eso por lo que habeis arriesgado vuestra vida por la señora.

La marquesa habia vuelto hacia Alberto una mirada llena de arrepentimiento, de ternura y esperanza, que le habia embriagado.

—¡Oh! á Dios gracias, puedo confesar en alta voz el motivo que me ha hecho obrar. Escuchadme, pues, señor conde.

—Ciertamente que escucho, dijo esta con bastante mal humor, porque sus celos principiaban á despertarse, hasta contra su protegido.

Alberto miró un momento á la marquesa, atenta á lo que él iba á decir; luego hizo muy conmovido esta relacion:

—Hace como unos cinco años, una pobre muger, arruinada por un pleito que duraba hacia quince años, se hallaba sin socorro, sin recurso alguno, en la mas espantosa desahuda, abatida por los padecimientos, tendida en una mala cama en un desvan. Sin embargo, tenia un hijo que habia recibido una brillante educacion en el tiempo de su prosperidad; pero no podia hacer nada por ella ni por él. La miseria era tan grande, que pobre y mal vestido como estaba, nadie queria acogerle. El mundo no ama á los que sufren y tienen hambre. Sus brazos, que no estaban habituados al trabajo, rehusaban entregarse á las rudas fatigas de los braceros. En fin, un día, desesperado y viendo á su madre cerca de morir de hambre, tomó una resolucion espantosa como su desgracia: fué con el rubor en la frente, los ojos preñados de lágrimas y el corazon despedazado, á mendigar un billete de entrada en el hospital para su madre. Pero ¡oh Providencia! cuando volvió, muerto de dolor y vergüenza, todo habia cambiado de aspecto en su miserable tabuco. Habia fuego en el hogar, pociones y brevages sobre la mesa, y acercándose percibió ora que habian desahudado bajo la cubierta de la enferma. Un ángel habia pasado por allí; todos los días, mientras duró la enfermedad, la misma mano discreta y caritativa le prodigó sus socorros. Lo que necesitaba la enferma eran cuidados; así es que fué salvada, y su hijo tambien. Pero el hijo quiso saber de dónde habia venido el beneficio, y aunque su autor se ocultaba, no le fué difícil descubrirle. Aquel nombre caritativo andaba en boca de todos los desgraciados... ¡Oh! des-

de aquel día, juró sacrificarse por ella, si el cielo le presentaba la ocasión. Ved ahí por qué, señora marquesa, habiendo un miserable osado ultrajeros, me he batido ayer.

Margarita enjugó una lágrima; y el conde, tranquilizado, no pudo retenir esta exclamación: — ¡Es un bello rasgo, jóven! ¡es un rasgo muy bello!

La marquesa había quedado absorta, como estrana á lo que pasaba en derredor de ella.

— ¡Óhm! exclamó el conde con una indignación que su aire, y especialmente su posición, hacían bastante cómica, ¡cómo, marquesa! ¿no decís nada?

— ¡Oh! sí tal, dijo; Mr. Alberto, desearía mucho saber cómo mostráros mi gratitud.

— ¡Vos mostrarme vuestra gratitud, señora! ¿Pues no habéis salvado á mi madre?

— Y bien, dijo el conde, ¿rebusaréis aun darme tomarme por mi secretario?

— Mr. Alberto, yo quería haceros á vuestra vez muy dichoso.

Las inquietudes del conde principiaron de nuevo. El enfermo y la marquesa cambiaban miradas tan expresivas, que aquel perdió poco á poco su dichosa confianza.

— ¡Vamos, vamos! dijo entre dientes al oído de Margarita, que estaba muy tentada á encogerse de hombros. ¿Qué es lo que ella va á hacer ahora? Las mugeres pasan siempre de un extremo á otro. ¿Qué es lo que dice? ¿qué es lo que dice?

He aquí lo que decía la marquesa con su encantadora voz, en pie al lado del enfermo, y así cogiéndolo la mano:

— ¡Vamos, me habéis contado vuestra historia, y es preciso que yo os cuente la mía. El otro día, después que recorrí vuestros versos, por los que os he reñido tan fuertemente, he caído en un éxtasis delirioso, y he soñado... ¿qué locura! ¿no es verdad que aquellos versos eran para mí?

— ¡Votó val! exclamó el conde levantándose. ¡Decirte en seguida que te amais, y no andeis en rodeos! ¡Váyase al diablo las mugeres y toda su casta!

La mirada de Mad. de Vincy se cruzó en un inefable arrobamiento con la de su generoso defensor.

— ¡No era un sueño! ¡Oh! ¡no, no era un sueño!

— Sin embargo, dijo la marquesa, había aun otra cosa... El señor de Lagulche vino á despertarme, y yo lo olvidé.

— Es imposible, murmuró el pobre conde, el llevar mas lejos el olvido de las conveniencias. ¡Es espantoso! ¡No se ha visto cosa semejante!... ¡Ella le pide su mano!... ¡Es el mundo al revés!

— ¡Oh! señora, dijo Alberto, ¡en nombre del cielo, que eso no sea un sueño!

— ¡Ah! ¡a to ahí! ¿Y el testamento que os deshereda si no os casais con un noble?

— ¡Pues bien, conde, respondió tranquilamente la marquesa sonriendo; perderé la herencia, y punto concluido. ¿Acaso tenéis mucho interés en que yo reciba esa herencia, Alberto?

— ¡Gracias, gracias por vuestra abnegación, señora! Pero tranquilizaos, señor conde, pues el testamento no se anulará.

— ¡Por ejemplo! ¡Eso es demasiado fuerte!... Creéis acaso que yo consentiría aun en...

— ¡No quiera Dios que yo os imponga semejante sacrificio!... Pero vos decís que es preciso que la señora marquesa se case con un noble; bien, yo me llamo Luis Alberto de Pombal.

— ¡De Pombal repitieron á un tiempo el conde, la marquesa y Margarita, á quienes este nombre recordaba el feliz desenlace del famoso pleito, y el paquete que habían hallado la víspera.

— Este jóven, dijo el conde estregando la pechera de su camisa, es un monstruo de generosidad.

— De ese modo, dijo la marquesa, también os debo á vos el testamento de mi tie; me habéis sacrificado vuestra fortuna y vuestra vida.

— ¡Mi fortuna!... ¡Ay!... respondió Alberto sonriendo tristemente; yo era demasiado pobre para ganar ese pleito... ¡Mi vida!... vos habíais salvado á mi madre.

Madama de Vincy se volvió hacia el señor de Lagulche, cuya pechera seguía sufriendo violentos ataques.

— Querido conde, ya comprendéis...

— ¡Perfectamente, perfectamente!... Vamos, yo no tenía ya mucha afición al matrimonio, y ahora quedo curado enteramente.

El conde tomó sucaña y su sombrero, é hizo un saludo ceremonioso, que su aire embarazado hacia aun mas burlesco.

JUSTICIA RUSA. — SUPPLICIO DEL KNOUT.

El 4 de marzo de 1837 se cometió un crimen atroz en la ciudad de Boryezow. Antes del alba, para ir á ver un enfermo que le había llamado, un médico, el doctor Schmillet, atravesaba la calle Jytomir á pie, porque en las intrincadas y torcidas callejuelas de este barrio no pueden pasar los carruajes, cuando tropezando con un obstáculo que no había distinguido en el sueño, perdió el equilibrio y cayó. Apercibióse el doctor al caer de que el objeto en que tropezaba estaba blando y conservaba algun calor; lo palpó para convencerse de lo que era, y al fin conoció que es el cadáver de un hombre que acaba de ser asesinado. Dió entonces voces pidiendo socorro, trajo luces, y haciendo llamar en el acto al comisario de policía, el baron de Zabeline, certificaron ambos que el cadáver tenía las señales de treinta y seis puñaladas, y ademas una *dechy-mosis* en la garganta que patentizaba una tentativa de estrangulación. Varios testigos declararon reconocer en la victima de este misterioso asesinato el cadáver de Moisés Abrahamovitch, preceptor de los hijos de Cain Isaackovitch, por sobrenombre Kizska.

Kizska, cuyo servidor acababa de ser asesinado, era persona de importancia, tanto por sus riquezas y numerosas propiedades, como por las funciones públicas de que se hallaba revestido. Cuando la insurrección tan gloriosa como fatal de Polonia en 1834 en provecho de la autoridad rusa, había sido espía y delator, y desde entonces como recompensa había sido nombrado *denunciador de contrabandistas*. Vinó hacia muchos años, y padre de costureros, dos varones y dos hembras, había resuelto no volver á casarse, y se suponía con razon que aunque israelita, tenía íntimas relaciones con una de sus criadas, llamada Omelanka, hermosa jóven de diez y nueve años y que profesaba la religion grecorusa.

Desde el instante que corrió por la ciudad la noticia del asesinato de Moisés Abrahamovitch, la voz general acusó á Kizska, y el comisario de policía se vio por la pública opinion obligado á ir con todo el ordinario aparato del tribunal á casa del *denunciador de contrabandistas*. Al llegar encontró al judío en la cama, enterrado en sus colchones de plumas y bien arropado. Su fisonomía al ver al magistrado, aunque trató de aparecer como despertado de repente, denotaba terror; se le hizo salir de la cama, y se vió con extrañeza que no solo estaba vestido, sino tambien con sus botas puestas; ademas, en su camisa y en algunos otros sitios de su vestido, se veían manchas frescas de sangre.

En este instante, y antes que el comisario hubiera podido dirigir una sola pregunta á Kizska, el pueblo furioso, derribadas las puertas, penetró en la casa y hasta en el cuarto del judío, se apoderó de él y lo llevaron de amenazas, imprecações y gritos de muerte.

Preciso es confesar que Cain Isaackovitch Kizska era hacia tiempo objeto de terror y execración para el pueblo, tanto por la clase de sus funciones como por el estremado rigor con que las llevaba á cabo. Los judíos, sobre todo, que no teniendo otra industria, otro medio de adquirir sino el contrabando, veían en el *denunciador*, no un funcionario legal, un magistrado que hacia respetar las leyes y defendía por legítimos medios los intereses del gobierno, sino un perseguidor, un enemigo decidido á arruinarlos. Sabiendo esto podrá comprenderse la alegría y el ardor con que esta población, ya prevenida en contra, acogiera los rumores sinistros y acusadores que contra Kizska corrían.

Le arrastraron casi al tribunal y le entregaron á la justicia, que en el acto, para calmar la pública indignación, empezó la causa, ofreciendo al pueblo que fuese quien quiera el criminal, se haría pronta y severa justicia. Mientras coreaban con el ensangrentado caláver á Cain Isaackovitch, un *uroustatny* (especie de alcabala de barrio), fué á casa del acusado á prender á los hijos del *denunciador de contrabandistas*. Los cuatro niños habían ya sido recogidos por el gran rabino; dos criados y dos jóvenas judías fueron solo presos; Omelanka, designada como concubina de Kizska, no pudo ser hallada, á pesar del cuidado con que se la buscó.

El gran rabino, tan descomodo como la justicia de saber la verdad, interrogaba á los niños sobre lo que había ocurrido antes de la desaparición de su preceptor. El mas jóven de los varones, Boruch, de edad de doce años, dijo que la víspera por la noche hubo una violenta disputa entre su padre y Moisés, que éste, atemorizado, quiso marcharse, pero su padre le cogió violentamente por un brazo y le encerró con llave en un cuarto. Por la noche dijo Boruch que se oyeron lastimeros lamentos en toda la casa. Los otros, viendo que su hermano había dicho la verdad, no tuvieron mas remedio que confirmarla. La mayor de las hijas, Raquel, de diez y seis años, confesó ademas que Moisés, abusando de su posición de preceptor y de su inesperienza, la había seducido. Declaró tambien en seguida que Omelanka, enamorada de Moisés, y no habiendo podido conseguir que él la amara, había excitado contra él el odio de su padre; que si se había cometido algun crimen, ella había sido de seguro la instigadora, y no habria dejado de ayudar á él.

Así las cosas, se esperaba con ansiedad el resultado de la causa, cuando por la tarde, con asombro y sorpresa general, se vió, entre inusitado alarde de fuerza armada, un ogier precedido de trompetas, recorrer las calles de Boryezow, y proclamar en plazas y esquinas lo siguiente:

«Convencido el comisario de policía, despues de escrupulosas averiguaciones y testimonios, que el autor del asesinato cometido en la persona del judío Moisés Abrahamovitch, no es otro sino la jóven Omelanka, que ha desaparecido despues de perpetrado el crimen, y á que no ha podido ser hallada, y que segun toda probabilidad, arrastrada por sus remordamientos se ha arrojado al rio Hoyalajal, que por lo tanto el judío Cain Isaackovitch, llamado Kizska, es inocente del crimen cometido, le ha hecho poner en libertad.»

Terminaba en seguida el ogier su proclama mandando á nombre del baron de Zabeline, comisario de policía, al vecindario de Boryezow no injuriar ni recriminar á Kizska bajo pena de severo castigo.

Libre ya, antes de dejar la cárcel y volver á su casa el *denunciador de contrabandistas*, tomó á su servicio seis robustos mozas de la Ucrania, que armados de nudosos garrotes le sirviesen de escolta, teniendo siempre de continua á su puerta uno de estos singulares guardias de corps. Por la tarde y por la noche numerosos grupos rodearon la casa, pero ninguno se atrevió á penetrar en ella, gracias á las precauciones del amo.

A la mañana siguiente los grupos fueron mas numerosos, pues se componían ya de cinco ó seis mil israelitas, y tenían un aspecto formidable. Los discípulos de los padres carmelitas dieron la señal de agresión, rompiendo á pedradas los cristales de las ventanas de Kizska; al mismo tiempo cincuenta ó sesenta estudiantes se situaron delante de la policía para obstruir el paso, y el populacho con garrotes lo llenaba todo en derredor.

El baron de Zabeline, comisario de policía, valiente y antiguo militar, juzgando que no habia que perder tiempo para comprimir estos síntomas alarmantes, salió de su casa solo y sin armas, y dirigiéndose á los grupos mas próximos trató de atentarlos; pero una nube de piedras lanzadas por los estudiantes se le vino encima, y tuvo que volver á su casa gravemente herido. Hizo salir entonces una compañía de infantería, unos cuarenta *diesiatnik* (ropa de policía) y un peloton de cosacos del Don.

Hubo entonces una corta, pero fuerte refrijo.

ga; los *diestrané*, á pesar de las pedradas que de todas partes recibían, hicieron numerosas prisiones, mientras que la infantería disparaba al aire para atemorizar al pueblo, y los cosacos, armados de sus *knouts*, se arrojaron sobre los grupos para deshacerlos. En menos de una hora se dispó esta poblacion amotinada, y si no hubiera sido por cuarenta y tres cadáveres de judíos aplastados por la muchedumbre, no se hubiera conocido que semejante desórden había habido.

Una causa provocada por el comisario de policía con motivo de los sucesos que hemos referido y de las prisiones hechas, duró tres años, y terminó al fin, como siempre sucede en Rusia, por una multa que se impuso á la ciudad en que había tenido lugar el desórden. Bordyezow tuvo que pagar 300,000 rublos (1); pero por una especie de compensacion al judío Kiszka, se le cambió de residencia, aunque conservando su empleo de denunciador de contrabandistas. Por lo demás, el asesinato de Moisés quedó impune, pues fué imposible encontrar á Omelanka, que era la acusada.

Sin temor ya de sospecha alguna, y bien lejos de temer que nonca la sangre del desgraciado preceptor asasinado en la noche del 4 de marzo de 1837, hubiese de caer sobre su cabeza, Kiszka conservó, sin embargo, al dejar á Bordyezow, su escolta de ucranios. Entre estos hombres, ó mejor entre estos brutos, que no tenían mas mérito que sus hercúleas fuerzas, había uno, Matvy Hodovezuk, que había sabido ganarse la confianza de su amo; no tenía mas defecto, á pesar de su carácter suave, que la borrachera; pero cuando se encontraba en este estado, perdía todo conocimiento y se ponía como un loco furioso.

El 10 de noviembre de 1840, Matvy se emborrachó, y su amo le regañó fuertemente y hasta le amenazó; fuera de sí el ucranio se encolerizó terriblemente; golpeó á Kiszka con furor, y exaltándose cada vez mas, acabó por amarrarle con ayuda de sus camaradas. Lo llevaron entonces hácia una cueva misteriosa, abrieron la puerta con las llaves que sacaron á Kiszka del bolsillo, á pesar de su cólera, amenazas y aun súplicas, y al ir á encerrarle, salió del subterráneo una muger, ó mas bien un espectro, que no pudiendo resistir la luz ni el aire puro, cayó desfallecida en medio del cuarto. Mientras los brutales testigos de esta escena, llenos de sorpresa y supersticiosos terrores, se santiguaban devotamente invocando á María y San Nicolás, un médico á quien se llamó no tardó en hacer volver á la vida á la pobre muger. Acudió tambien la policía, prendió segunda vez á Kiszka, y oyó la declaración de su desgraciada víctima, que no era sino Omelanka. He aquí la declaración:

«La desnudez y pobreza en que me hallaba me hicieron ceder á las seducciones de Kiszka, cuya criada era, y del que vine á ser casi la esposa. Vino entretanto Moisés á ser instructor en casa; era el joven mas hermoso que había visto, y me enamoré de él. Kiszka lo advirtió y tuvo celos, nos espió, y por fin llegó un día en que nos sorprendió en el momento en que Moisés, teniéndome abrazada con su brazo izquierdo por la cintura, me daba un beso en la frente. El mismo día tuvo que imponer Moisés un leve castigo á Herchko, el mayor de los niños; Kiszka le insulta, y ya se disponía á pegarle, cuando el preceptor dijo que se marchaba para no volver á la casa; entonces el amo furioso lo cogió en peso y lo encerró en un cuartito, cuya puerta daba á su alcoba. Por la noche cerró con llave Kiszka la alcoba, me hizo levantar, y ordenándome que mirase lo que iba á hacer, tomó entonces un puñal, abrió el cuarto en que estaba Moisés, y penetrando dentro volvió á cerrar, sabiendo que por un postiguillo de la puerta podría yo ver lo que sucediese dentro. Cuando entró en el cuartito se arrojó con furia sobre Moisés, lo derribó, y poniéndole una rodilla sobre el pecho le dió de puñaladas; aterrada yo no pude hacer mas que gritar, pero nadie vino á socorrerme.

Muerto Moisés cogió Kiszka el cadáver y lo

arrojó por la ventana; vino á mí, y agarrándome por un brazo me arrastró á la cueva, me tiró allí en el suelo, y poniendo á mi lado el puñal cerró la puerta. Por la noche me trajo algun alimento, y desde entonces continuó haciendo lo mismo con regularidad, habiéndome bajado tambien una cama. Algun tiempo despues me sacaba de noche á pasear, yendo acompañado del ucranio Hodovezuk, que un día me dijo:—Desgraciada, te vas á condenar, eres cristiana y has vivido y vives con un judío! Estas sencillas palabras me hicieron impresion y me arrepentí de mi conducta. Irritado Kiszka por mis negativas, me amenazó con asesinarme; á poco me quitó los paseos; los viveres no los traía sino cada tres días, y reemplazó la cama por un poco de paja, reduciéndome al mas miserable estado.»

Hodovezuk confirmó todo lo dicho, y añadió que su amo le había dicho que era una dama á quien perseguía el gobierno, y que él ocultaba.

Tales testimonios bastaban á perder al judío Kiszka, que al fin, vista la incorruptibilidad del juez de la causa, hombre honrado y digno, confesó su crimen.

El tribunal criminal del gobierno de Volhynia, instruida la causa, condenó á Cain Isaackovitch Kiszka á recibir ciento y un golpes de *knout*, y despues á ir á trabajar en las minas por toda su vida.

La pena de muerte no existe en Rusia sino por delitos políticos, pero rara vez sucede que escape con vida un hombre del cruel castigo de cien golpes de *knout*.

Aprobada la sentencia por el senado y el emperador, se ejecutó en 1841 en la plaza mayor de Jytomir.

Atado de pies y manos á una tabla inclinada, fué entregado Kiszka á los tres verdugos que debían azotarle. Cada uno de ellos estaba armado de una tira larga de cuero con puntas de hierro reforzadas á su extremo; descargaban por turno, haciéndose ocho ó diez pasos atrás á cada golpe. Caía la carne á pedazos, y ni un solo grito escapaba al paciente; así sufrió sus ciento y un golpes, siendo en seguida desatado. Todos le creían cadáver, y no fué pequeña la admiracion cuando le vieron incorporarse y pedir con voz breve aguardiente; bebió tres copas, una tras de otra, y sin necesidad de ayuda fué por su pie al hospital. Cuando estuvo curado fué enviado Kiszka á las minas.

Segun los registros criminales de Jytomir, este ha sido el cuarto caso de haber sobrevivido un hombre á ciento un golpes de *knout*. El primero fué el de Ivan Starenka, soldado ruso condenado en 1797 por asesinato de una familia judía, y ejecutado en Jytomir; el segundo el de Raquel Herchkova, condenada por envenenamiento de una jóven cristiana y asesinada de su suegro, ejecutada en Jytomir en 1800; el tercero fué el de Homo Mayncka Pillpon, famoso bandido juzgado, condenado y ejecutado en Jytomir en 1809; y el cuarto el de Cain Isaackovitch Kiszka, cuyo crimen y ejecucion acabamos de referir.

MISCELANEA.

NAPOLEON Y EL PAISANO DEL ESCALDA.—En un viage que el emperador Napoleon hizo á Holanda, poco tiempo antes de su caída, fué á ver un paisano cuya casa estaba aislada en las orillas del Escalda. Acompañaban dos edecanes al monarca. El uno de ellos dijo al paisano:

- Ves aquí al emperador Napoleon.
- El holandés, sentado, con su gorro en la cabeza, le respondió:
- ¿Y á mí que me importa?
- Entró inmediatamente despues Napoleon.
- Buenos días, buen hombre.
- El aldeano se quita su gorro, pero permaneció sentado contentándose con repetir:
- Buenos días.
- Yo soy el emperador.
- ¿Yos?
- Sí, yo.
- Me alegro mucho.
- ¿Quieres hacer tu fortuna?
- No tengo necesidad de nada.

- ¿Tienes hijas?
- Sí.
- ¿Cuántas?
- Dos.
- Yo las casaré.
- No; las casaré yo mismo.

Mucho sorprendieron estas palabras al vencedor de Europa. Volvió bruscamente la espalda al aldeano, y se marchó.

LOS GRANDES SUCCESOS PRODUCIDOS POR PEQUEÑAS CAUSAS.—Richey, en su ensayo sobre este asunto, atribuye á la aventura siguiente el descubrimiento de la sal en Asia.

Un príncipe de los tártaros, Taimac-Kan, hallándose un día de caza, y habiendo muerto muchas reses, tuvo un hambre tan grande, que se detuvo en medio del campo, mandó á sus gentes encender fuego y que le asasen algunas piezas.

Habiendo por casualidad dejado caer en tierra un pedazo de carne, y no permitiéndole su hambre gastar el tiempo necesario para limpiarlo, se lo llevó á la boca y le supo mejor que los demás, porque había tomado un poco de gusto á la sal.

Taimac-Kan hizo llevarse á su palacio una cierta cantidad de aquella tierra, y la confió á gentes hábiles que llegaron á hacer sal, y los tártaros desde entonces tomaron la costumbre de usarla en cuanto comían.

El extravagante Eliogábalo creyó no poder dar al universo una idea mas vasta de la estension de Roma, que haciendo reunir todas las telarañas de las casas, las hizo trasportar á un lugar donde formaron una montaña considerable; había allí cinco mil pesantes.

—¿Qué otra ciudad sino Roma, exclamaba, podría suministrar una cantidad semejante de telas de araña?

LOGOGRIFO.



SOLUCION DEL LOGOGRIFO INSERTO EN EL N.º 69.

Si repartido cuarenta
De cuatro en cuatro entre diez,
Tocan á cuatro, ya ves
Que no yerra quien bien cuenta.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLERO,
calle de Sta. Teresa, núm. 8.

(1) Rublo, moneda de plata, cuyo valor es de cerca de 15 rs. va.